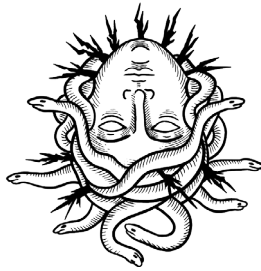


# MALEZA

JOSE HOYOS BUCHELI



**SIC SEMPER**  
*ediciones*

*Maleza*

© 2021 Jose Hoyos Bucheli

**Primera edición:** noviembre del 2021

**Colección:** Amuleto

**Número:** 2

**ISBN:** 978-958-49-4318-7

**Editores:**

Sic Semper *ediciones*

(María Juliana Soto Narváez y Miguel Tejada Sánchez)

[www.sicsemper.co](http://www.sicsemper.co)

**Diseño gráfico y diagramación:**

Cuántika Studio

(Juan Sebastián Martínez, Verónica Wiedmann y Juliana

López Vargas)

[www.cuantikastudio.com](http://www.cuantikastudio.com)

Hecho en Cali, impreso en Bogotá

Todos los derechos de este libro están reservados. Pero puedes prestárselo a tus amigos. Llévelo a clase o al parque o al café. Cítalo y recítalo. Lee fragmentos en la radio o en un mensaje de voz. Si quieres distribuirlo o copiarlo, escríbenos.

*Repetición, es decir, tradición, y cuando se hace  
larga, demasiado larga, entonces naturaleza.*



# I

Entre el Cristo sobre el tablero y los cuerpos a reformar: pieles curtidas, negras o aindiadas, se agitan manos gruesas desde el vientre. Dibujan trayectos, constelaciones. Y la profesora de biología intuye los cambios de la carne, la repetición de las costumbres y las distancias que brotan de los brazos. Así pasarán los días como los cursos como los estudiantes bajo la levedad de un sol estático y picante, o acaso sea la calma que trae no saber nada de los pueblos más cercanos.

Quizás lo llame felicidad.

Tal vez sosiego.

A veces diga: goce.

Plenitud.

O quizás no lo llame porque es mejor no dar nombres sino imitar al monte que se niega, que no denomina, siempre opuesto a los libros del plan de estudios que hablan de categorías y sustancias indivisibles.

Sin embargo, simula ser gremio en las primeras clases, pernoctando en cada salón y revisando las transcripciones de sus palabras en cuadernos díscolos, su voz escrita en gramáticas infantiles, y por eso sonrío. La comisura de los labios la tiene tajada de tanto sonreír.

Habrà días en los que no recuerde, en los que parezca olvido. Pero a su pesar, impostergable, conocerá con cierta gentileza a sus alumnos, la inopia rural, también propia en algún momento, y las caminatas largas en la madrugada. Será ella entonces la modulación de los deseos.

Cansada de tanto conocer, de tanto fumar en el peladero que es la cancha de fútbol, llegará todas las noches a su casa para recordar el rancho materno, mucho más abajo del colegio. Años han pasado desde que lo tumbaron. Lo recuerda protegido del viento, extraño al sereno que ronda los balazos sin resanar de las paredes del bachillerato.

Y un día la ve. A lo mejor en ella se reconoce: cabeza gacha, pegada al pupitre, ojeras largas; la siente vibrar, colorada su piel, no ha escrito una sola oración en toda la clase, en su esquina, la estudiante.

Qué pasa hija, le pregunta cuando todos se van.

Tiene la mirada torva. Hace silencio. Una sombra cruza por el corredor, verde como chaqueta militar, y el ruido de unos pasos gordos inunda los corredores vacíos de los colegios en la tarde.

¿No lo oye?

¿Qué hija?

Nada.

Hable.

Pero no habla. En cambio se eleva un grito. La llaman, me llaman, dice y se para avergonzada, escondiendo las manos como las raíces buscan la tierra. Dos señoras, nunca las ha visto la profesora, saludan desde la puerta, margen del salón, umbral de su autoridad. Visten las ropas gastadas de la gente que trabaja haciendo oficio en casa ajena todo el día.

Lo cierto es que la profesora de biología no oye nada: ¿qué podría escuchar ella sino la maraña que pulula en el patio trasero de su casa? Allí fuma escuchando las canciones del monte y piensa en qué matas han de crecer por esas tierras, a la vez desierto y selva. Será su cabeza la forma de un jardín inventado, habitación privada, inaplazable.

Esa misma noche verá bombillos desperdigados en la marea de árboles nudosos y advertirá de nuevo el movimiento irregular, espectro o bestia, entre las matas de café que se extienden detrás de su casa.

El duende.

Búho. Barranquero. Morrocoy.

Onomatopeyas, y cierra el librito que le ayuda a dormir. Un sueño emerge, trashumancia, recibimiento de tiempos distantes, sospecha al despertar, porque en él vio cosas que ahora no reconoce. Otros caminos, pensará en la mañana mientras anota, viejo oficio aquel de recordar los sueños, de no hacer nada hasta aclarar un par de imágenes concretas. Tal vez así no desperdicie las redundancias de la vida. Porque para los espejos, el sueño.

Y lo recuerda.

Recuerda de su sueño los caminos como culebras y una falda a cuadros, la misma y a la vez distinta, no precisa; la cara larga, los ojos estirados, puchero agreste en medio del polvo amarillo que se alza con el viento. Cara oculta, sinuosa, desconocida. Y recuerda oír un mija, no me diga mija, que sale de esa boca unas horas antes, boca de la cual también salió la noche anterior un:

Más bien oiga.

¿No será la mata de guadua que chilla con el viento por las noches, silbido o canto, grito, ira? Pero no. No es eso, ha respondido la estudiante de su sueño. Luego la profesora ve una casa de dos pisos, un balcón vigilante; y la ve atravesando unos lagos que dibujan lluvias interiores a la salida de una finca: bocas de peces que comen cebo en las mañanas.

Y es como su salón: todos los salones en uno solo. La ve a ella, ahí, sintiendo colgados en el cuello los ojos de sus compañeros como costales sobre hombros cansados. También los

de sus compañeras: ríen desagravios mientras otras ya saben, porque a la que le ha pasado ya sabe.

No le importa.

En vez, la estudiante va a la biblioteca exigua del colegio, lo que ha quedado de ella después de la última toma, guerra a ratos abstracta, y solo encuentra libros despreciados por colegios de ciudad, por bibliotecas municipales, desencuadernados, incompletos. Se multiplican índices en sus ojos: capítulos, subtítulos; se expanden las hojas. Morfología de animales extintos, con suerte una revistilla de ornitología. Mapas de ruido. Palabras sueltas. Cielomotos. Capas tectónicas riñendo. Aviones fantasmas merodeando. Pero no y no, y ninguna. Continúa, hojea, los profesores le hablan, los ignora, sigue ojeando, hasta que llega a la clase de biología y la profesora le llama la atención. Y en su sueño la profesora se ve a sí misma desde la esquina de esa estudiante cuando alza la cabeza. Se ve el pelo negro y los ojos negros y la piel morena; escucha su voz, que ahora odia por nasal; ve sus manos que se agitan como gallos sin cabeza, y aquel salón se torna amarillo, inmenso, largo: se repite infinitamente. Se asustará, sin duda, la profesora al verse, pero al tiempo son y serán solo sueños, y seguirá la mañana convencida de que nada más que eso.

Llenará un estante de cuadernos escritos a mano con imágenes intempestivas, ruidos, sabores que quedan colgados de la noche, y serán esas hojas el registro de sueños repetidos sobre salones que no cesan de duplicarse.

Y de su voz nasal.

En el camino al colegio potros pintones la saludan con ojos negros. El día como todos, hasta que a la última hora se acerca la estudiante, ahora por su voluntad: alerta, cabeza



negra sobre un abultado pecho, le dice que esas señoras no la dejan nunca sola.

Me dicen que les diga tías, continúa.

Pero no son sus tías. Son guardianas, niñeras, le suelta a la profesora: la cuidan, la acompañan, en verdad: la vigilan, porque un hombre de bigote, y la profesora recuerda o imagina una voz distante, le ha dicho que tiene un papel firmado que dice que ella tiene que hacer lo que él diga.

Fue por un terruño, acelera la estudiante.

Sabrà la profesora, antes de que aparezca otra vez el llamado desde la puerta, tías que fuman, comadres de poco verbo, que es un tipo de bigote espeso quien la habita. Huele a gallinaza, aura propia, por las decenas de galpones instalados en la finca en la que ahora la estudiante tiene que compartir una cama con una almohada en la cara que le dice que no llore carajo, que ya está muy grandecita para llorar.

Entonces llegan las tías y desaparecen todas de nuevo por los corredores del colegio. Y la profesora, por supuesto, no reconoce en su estudiante la cara oculta de otra estudiante que crece en sus sueños.

Las noches serán telones, zumbidos. A veces el sudor en el cuello, un corrientazo que la atraviesa, y qué otra cosa podía hacer: dirá la profesora que es el cortisol en la sangre, lo tiene elevado, se agita, es el cuerpo que la empuja a caminar su casa en la madrugada; insomne, gástrica, pensará en su poca testosterona por la falta de ejercicio, y volverá a leer los libros que la persiguen.

Se decide en la fatiga.

No una o cinco veces le manda razón. Los cigarrillos que se fuma en la espera le saben mal, le surge reflujo, tembladera, debilidad en las piernas. Quizás deba entrar en movimiento, destilar la energía que todavía le queda de su

delgada juventud. Así que respira profundo y espera, aunque no espera mucho, porque a la falta del encuentro, las citas incumplidas por el accidente, y a la repetición de la escena de una estudiante que no alza cabeza, decide preguntar dónde es que vive el señor ese, y allá llega: una puerta alta de madera y un camino cercado de galpones. La casa en sus sueños no es esa casa.

Un rumor, turba insolente, anuncia su llegada, y la profesora se llena del olor oscuro a mierda de gallina mezclado con aserrín y cáscaras de café.

De lejos lo ve y lo reconoce: bigote retocado, delgadez suelta, camisa manga larga y cigarrillo en boca. A su estudiante la encuentra en esa casa de un solo piso, mirando el suelo, acontecida, y alcanza a saludarla antes de que el patrón envíe un trabajador sereno y silencioso para que la saque.

Disparan gritos.

Se retira, obligada.

Para matar el tiempo, y tal vez para huir del sueño repetido, hará en el patio de su casa una compostera grande: revolverá orgánicos, mierda de perro, hojas cafés recogidas con rastrillo y las vainas secas de las legumbres. Y en madrugada de lectura y cansancios acumulados por las clases, retumbarán pasos en su casa. Los ignora. Con los días verá sombras sentadas en la sala con el rabillo del ojo y recordará películas extranjeras que vio por televisión nacional en las que hombres se despiertan para conversar con payasos en habitaciones pardas.

De todas formas no para de enviarle mensajes, razones, citas. Regresa todos los días al colegio a la misma escena. Y con los días, evita dormir.

Sentada en la penumbra, una noche calurosa, oye las fiestas de los pueblos que están en medio de la montaña, los

bajos de los bafles inmensos que retumban en el corazón de la cordillera. A veces canta. Da vueltas en la cama. El calor de la mañana siguiente la cobija.

Cuando lo increpa en el salón con un saludo tenso, sin pararse de su escritorio, tiene la camisa pegada a la cintura y las manos apretando un quiz de genética mendeliana. Habla poco, nunca la mira a la cara, siempre hasta el pecho, quizás a las tetas. Puedo fumar, pregunta el hombre del bigote, y fuman ambos.

Sentados, intercambian humores.

Lo mejor es que se olvide de ella. No vuelva a buscarla. No vuelva a la finca. No me mande mensajes, dice el hombre. Crispa el papel del cigarrillo que se quema en los dedos. Sigue viniendo hasta que cargue y nada más, continúa el gran economizador de palabras. Ahí le traje algo, remata, por las molestias.

Entonces sale.

Fue el cansancio, las noches sin dormir, el asunto inesperado. Tal vez la forma. En todo caso, no tuvo tiempo para averiguar, para exigir, para solfear un madrazo.

Y sin embargo, las molestias.

Lo sabe: es muy tarde para declinar, decir no, hombre, cómo se le ocurre, y no aceptar ese regalo traído en una camioneta de estacas, ya lejana, en huida. De patas negras, puesta la montura y el freno, ojos negros como la misma crin, la bestia resopla bajo un sol de lluvia. Le toca la frente, el lomo, las costillas visibles, y le siente mil bultos bajo la piel y un olor a muerte. Le hablará mientras lo lleva a su casa para amarrarlo al junco de un guayabo, junto al que le dirá que al menos hoy está por fuera del mercado de los que negocian con la carne.

Esa noche la profesora de biología dormirá de nuevo.